

La verdad y sus manierismos

JOSÉ LUIS
GARCÍA
MARTÍN



Leer a José Carlos Llop proporciona un placer semejante al de visitar anticuarios, librerías de viejo, lugares prestigiados por el arte y la literatura

Hay autores que constituyen por sí mismos un género literario. Como en el caso de Miguel de Unamuno y de Ramón Gómez de la Serna, las novelas, los diarios, los artículos o los poemas de José Carlos Llop se parecen más entre sí que a otras novelas, diarios o poemas.

El personaje que construye en todos ellos –directa o indirectamente– es el de un amante de la alta cultura, del mundo de ayer del que habló Stefan Zweig, un personaje, desterrado en un tiempo de deca-

dencia, a medias entre el Montaigne retirado en su torre y el «príncipe de Aquitania en su torre abolida» que cantara Nerval.

La vida distinta comienza con lo que podía haber sido un artículo necrológico; termina con las notas de un viaje a Burdeos (lo titula como el libro, lo subtitula 'La Chandon de Bordeaux'), que es el poema más extenso y que el que ejemplifica mejor sus aciertos y sus insuficiencias.

Comencemos por estas últimas: varios de los textos dan la impresión de haber sido alargados innecesariamente. Suelen comenzar de una manera prosaica («Mi amigo ya no recibirá el 'New Yorker'. / que seguirá llegando a su despacho, a nombre / de alguien que ahora ya no es nadie») y luego van alternando la anécdota con la reflexión, la imagen precisa y brillante con el llano decir. A veces la mezcla funciona y otras no, porque las transiciones no están bien resueltas o porque se excede en uno de los elementos ('Rising Splendor').

El mejor Llop es el de poemas como 'Sábado de invierno' o 'Un día feliz'. El primero –podría ser una nota de diario– nos habla de un día de nieve que transfigura la ciudad cotidiana: «Al despertar, he abierto las persianas / y los árboles del jardín eran lámparas de mármol blanco / y la tierra, alabastro. Tenían algo palaciego las plantas, / como criados con librea nueva y el mirlo negro del laurel / ejercía de mayor-domo».

'Un día feliz' evoca una escena en la vida Pasternak, su conversación con Stalin, cuando le preguntó si consideraba

a Maldelstam un buen poeta. El poema comienza muy eficazmente poniendo al lector en situación: «Imagina que estás con un grupo de amigos / en una casa de campo. Ya no sois jóvenes / y las palabras oscilan entre la brillantez / adulta, que es otra, y la piedad / de saberse hombre y por tanto débiles». En ese momento el timbre suena al fondo del pasillo y el dictador pregunta a uno de los poetas más conocidos del momento por otro al que ha decidido exterminar. Y Pasternak, que lo veía como un rival literario, no acierta a defenderlo.

Sobre la poesía en el mismo tiempo de miseria trata también 'Cuarteto ruso', uno de los ejemplos en que la reflexión –sobre la función del poeta, el dolor y la belleza– y la anécdota (la visita de Chatwin a Nadezha Mandestam) se entretienen de manera adecuada.

Bruce Chatwin, el escritor viajero, es el protagonista de 'Escolio', una poema que, según nos indica a pie de página, es solo «una nota a pie de página» de la biografía que le

dedica «otro novelista, apellidado / como el gran bardo de Inglaterra», esto es Nicholas Shakespeare. Los fantasmas de Chatwin –«viajes, arte y literatura»– son los mismos que los de Llop, quien igualmente gusta de llenar sus páginas con «fragmentos de su colección particular»: «un cuenco de alfarería china / con manchas azules; una primera / edición de Flaubert; una caja / japonesa de laca, del siglo XVI; / una taba egipcia de turquesa, / que era su talismán; / un cuchillo / aborigen y un vestido de Fortuny...»

Leer a José Carlos Llop –tan gustoso de los pequeños detalles y de las enumeraciones inacabables, como listas de un catálogo: 'Jardines del Luxemburgo', su homenaje a París, puede servir de ejemplo – proporciona un placer semejante al de visitar anticuarios, librerías de viejo, lugares prestigiados por el arte y la literatura.

El humor asoma en un poema como 'La tentación del géometra', que algo tiene del jugueteo erótico rococó del XVIII. También da una nota distinta al tono grave del volumen la 'Balada del señor Pepys', retrato a dos voces del famoso diarista, una que nos describe su vida de gran señor, figura destacada en la corte inglesa, y otra que nos descubre

lo que solo se sabría muchos años después al publicarse sus diarios: «Nos os engañéis, amigo mío; / tras esa máscara triunfal / por fuerza se esconde / el cinismo y el humus negro / de la melancolía y de ahí / el misterio de sus papeles...»

Ciudades vividas, ciudades leídas, ciudades soñadas las de José Carlos Llop; «Veo esta mañana unas fotos de Burdeos / bajo la nieve. El Garona es ahora el Neva / y la fachada dieciochesca de la ciudad / –sus casas y palacios teñidos de blanco– / recuerdan a San Petersburgo, Leningrado...»

Hay quien dice que los géneros literarios son convenciones, y tiene razón, pero solo en parte. 'La vida distinta', el extenso poema final que da título al libro, podía haber sido un cuaderno de notas sobre Burdeos, pero al disponerse en verso y como un único poema el lector busca una intensidad y una coherencia estructural de la que carece. Los géneros literarios son propuestas de lectura: la propuesta que nos ofrece Llop para este, parte fundamental de su libro, me parece fallida.

Como el libro en su conjunto, quizá; un libro que, sin embargo, no defraudará a los admiradores del escritor, que aquí está con toda su verdad y casi todos sus manierismos.



LA VIDA DISTINTA

Autor: José Carlos Llop.
Editorial Pre-Textos. Valencia,
2014. 84 páginas. 15 euros

Decía un viejo profesor de Literatura que los escritores románticos morían jóvenes porque vivían intensamente. Así le ocurrió al japonés Doppo Kunikida (1871-1908), naturalista romántico que murió de tuberculosis a los 37 años. Llevó una vida solitaria, fue de naturaleza rebelde y su literatura es la respuesta a su sorpresa continua ante los misteriosos fenómenos del universo. Él decía que el escritor «es un hombre que plasma sobre el papel la verdad, la belleza y la humanidad», y que al hacerlo «se convierte en amigo y maestro para aquellos que lo leen». Y añadía que el escritor «no debe registrar nada excepto lo que siente, lo que conoce o lo que ve, todo indicios de este mundo misterioso». Él así lo hizo, y lo demuestra en este maravilloso libro de relatos, abarrotados de nostalgia y preñados de poesía, publicado en 1901. Siete relatos que tienen en común el paisaje (la llanura boscosa de Musashino) y la melancolía. En el primero se describe un viaje a los bosques en el otoño, una búsqueda del silencio, de la belleza y del equilibrio con la naturaleza. Vientos, cha-

LIBROS DE SIEMPRE JAMÁS FULGENCIO ARGÜELLES

BELLEZA EN ESTADO SALVAJE



parrones, nubes de vapor, hojas que resplandecen, ciruelos floridos, chirrido de insectos. Un canto a la constante metamorfosis de la naturaleza. En el segundo relato nos habla Kunikida de esas personas con las que una vez fugazmente nos cruzamos y cuya imagen queda fijada para siempre en la memoria y analiza el autor poéticamente esas impresiones inolvidables. El tercero, 'Niebla en el río', es un relato espléndido, emotivo, intenso y breve que cuenta la historia de un hombre que regresa fracasado al pueblo del que partió veinte años atrás en busca de fortuna. El pasado le sale al encuentro, está cansado y le vuelve la espalda al

destino. En el siguiente relato un barquero pierde a su mujer y a su hijo y arrastra su miserable existencia con el corazón inundado de ira, tristeza y vergüenza. Una historia de soledad que, como en la anterior, termina en un



MUSASHINO

Autor: Doppo Kunikida.
Publicado en 1901.
Reeditado por Ardicia, 2014

final trágico, característica, por cierto, de la literatura de Kunikida, (como bien apunta el profesor californiano James Cahill), quien acostumbra a crear situaciones complejas que deja sin resolver o resuelve de una manera inesperada, desesperada o abierta. El relato 'Carta a Yugahara' es un canto al amor y a su poder (al que nadie puede resistirse) como un preludio de la unión con la naturaleza y como la única justificación de la vida. Para Kunikida la diferencia entre los seres humanos y el resto de animales está en la relación que unos y otros mantienen con la naturaleza. 'Pájaro de primavera' lo protagoniza un discapacitado, simple e inocente, tal vez mensajero de dioses desconocidos y sin duda hijo de la naturaleza, que quiere volar como los pájaros. Y termina el libro Kunikida con una larga conversación entre un grupo de amigos que discuten sobre alimentaciones, costumbres, emociones y preguntas. «Hay que dividir a la humanidad –dice uno de los amigos– en dos categorías: la de la gente capaz de sorprenderse y la de los que son indiferentes». Musashino es un libro exquisito para lectores que buscan el asombro.

COSES MÍES

MIGUEL MINGOTES



Oración para la madre de unes amigas. Dice: 'Madre nuestro que estás en el cielo...'

MADRENUESTRO